

## A CLARA

IV

Es mi doña Tadea  
una hembra brava, entrada en los cien kilos  
es ni muy agraciada ni muy fea,  
y la lengua menea  
como cortante espada de dos filos  
¡Gran Dios! cuando la agitan los furios,  
abre su boca, vomitando horrores,  
la carnosa barbilla  
le tiembla con nervioso movimiento,  
y al recio impulso de su ardor violento,  
el mismo Cid botara de la silla.

¡Cuán certeros y fijos  
son los golpes que asesta sin clemencia!  
¡Con qué refinamiento disecciona  
lances y devaneos amorosos  
en la presencia misma de sus hijos,  
hablando sin ninguna reticencia  
de cosas y de casos escabrosos!

Ella sola es la digna y hacendosa,  
la madre fiel y la ejemplar esposa.  
Su hogar anda derecho,  
por ser ella mujer de pecho en pecho,  
que con imperio universal domina,  
asumiendo las veces de un marido  
sin voluntad, un mísero gallina,  
a quien solo permite esta espartana  
entrar humildemente en la cocina  
con la carne y las berzas del cocido  
que él cuida de comprar cada mañana.  
Un hombre sometido  
de estos que ya se cuentan por millares,  
que son una vergüenza en los hogares.  
De estos a quien el mundo toma a guasa,  
y que con voz turbada y melindrosa,  
cuando ofrecen su casa,  
dicen—con el permiso de mi esposa—

Un hombre así, de los que van rastres  
buscando un matrimonio de negocio,  
su dignidad vendiendo por dineros,  
y alzándose las hembras con los furros,  
mientras ellos manduzcan en el ocio.  
Bien sabe don Clemente,  
(que así se llama nuestro Juan lanudo)  
bien sabe que no pudo  
mirar a su señora frente a frente.  
Tiene muy bien presente  
la lamentable escena de aquel día,  
cuando la dama convertida en fiera,  
por una frase de dudoso gusto  
que el infeliz marido profería,  
le lanzaba a la cara una sopera,  
y sacarle los ojos pretendía.

Desde entonces dejó los pantalones  
a completa merced de su costilla,  
para evitar dos males: los chichones,  
y el destrozo total de la vajilla.  
Por arte del demonio,

otra ocasión surgió que al traste diera  
con la tranquilidad del matrimonio.

Viendo el reloj parado,  
el pobre don Clemente  
que de estas pequeñeces se ocupaba,  
subió a una silla y trasteó en la esfera;  
inopinadamente  
sonó el reloj y el «cuco» no cantaba.  
Llegó a doña Tadea la noticia,  
que el canto del «cuco»  
tenía puesta su mayor delicia:  
Le llamó majagranzas, mameluco;  
y desatando cual torrente fiero  
la ultravirtud de su coraje,  
vino a echar sobre el pobre relojero  
todas las virulencias del ultraje.  
El marido calló prudentemente  
y conjuró el nublado:  
Y el mismo me ha contado,  
que en aquella ocasión, amiga Clara,  
con ánimo abatido y resignado,  
contemplaba la esfera,  
aguardando que en ella se marcara  
de sus menguadas horas la postrera.

Doña Tadea tiene  
ideas libertarias  
y habla con más audacia que conviene,  
y afronta de su ciencia presumida,  
en el orden moral cuestiones varias.  
Es una, de su gusto preferida,  
la conyugal unión, (en que está fuerte)  
hacerla indisoluble de por vida,  
dice doña Tadea  
que es confesarse esclavo de tal suerte,  
con tal ardor los fueros vindicaba  
del libre amor, que el marital consorcio  
que en el amor se funda, cambiar debe  
cuando falta el amor, en el divorcio,  
tal y como los sabios lo predicán,  
como los animales lo practican.

La amigable reunión a estas razones,  
pretendió replicar, mas puesto en brete,  
cada cual se tocaba los calzones,  
no queriendo irritar a aquel zoquete.

Y dice algún amigo  
de aquella rara escena fiel testigo,  
que su marido la estaba oyendo,  
y tantos años padeciendo lleva,  
al oír que el divorcio se imponía,  
un gran suspiro dió, como diciendo,  
con tal desahogo,—¡no caerá esa breval—

Regocijada la reunión reía,  
pero doña Tadea sofocada  
de indignación y de coraje ardía  
y ya como una furia desatada  
con ademán resuelto  
dió a su esposo tremenda bofetada  
una torta feroz de cuello vuelto.

Este es el feminismo, Clara mía,  
que por aquí se estila y la majeza  
ve con cuánta razón yo te decía  
que eran tales las cosas que temía  
perder en una de ellas la cabeza.